

y secretos de su organización llegó un pedazo de carne así á la histeria del artista y del poeta? Pues fué por la educación. De haberlo dejado á sí mismo, se va errante por los campos como cualquier novillo suelto; se mete hasta los corvejones en hierbas pastables y se atiborra de agua fresca en los manantiales; coge las hembras donde las encuentra sin más fin que satisfacer necesidades físicas apremiantes, y queda por completo anegado y sumido en los senos de la naturaleza. Pero su madre se propuso dominarlo para tenerlo siempre á su disposición, y para dominarlo hizo artificialmente que lo nervioso predominara sobre la carne, sobre los huesos, sobre la linfa, sobre la sangre, sobre todos los elementos que constitúan su complexión propia y natural. De haber conservado la fibra con que al mundo viniera, fibra heredada de su padre y aun de Agripina, tan fuertes ambos, poseyera Nerón una firme voluntad; y poseyendo una firme voluntad, no fuera juguete de nadie aquí en el mundo. Muy astuta, muy ladina, muy ambiciosa la madre, aquejada por una enfermedad moral que no tuvo nombre hasta la centuria décimoquinta de nuestra era, el maquiavelismo atavista, como la engendró lo que llamamos fría Razón de Estado, engendró ella y parió á su vez otra Razón de Estado en aquel hijo, á quien solamente quería y amaba por encaramarse de algún modo sobre sus hombros al Imperio. Nacida y educada en los campamentos la madre de Nerón, sabía, como hija de Germánico, el imperio sobre sí propio y sobre los demás, que suele adquirirse en los ejercicios militares. No quiso, sin embargo hacer de Nerón un soldado. Tampoco lo industrió en política. Todo cuanto de tal ciencia le propinó fué un tanto de moral estoica, especie de republicanismo platónico muy adobado por Séneca el filósofo á complacencias y componendas con las nuevas corrompidas costumbres. En el estoicismo, al uso entonces, la cabeza iba por un lado y el vientre por otro. Pugnaban en él conciencia y voluntad. Aquélla decía las cosas mejores, dejando á ésta, en suma, el derecho de no seguirla ni obedecerla. Más bien era un ejercicio de retórica sentenciosa que un ejercicio de moral privada y pública. Sucedió en aquella edad con los filósofos predicadores cuanto sucedió más tarde con los obispos predicadores en las cortes de los reyes absolutos. Leed los discursos más admirables, veréis cuán admirablemente hablan de las regias grandezas y cuán

mal y cuán poco de los regios vicios. No podemos explicarnos cómo, sabiendo Bossuet la vida secreta de Luis XIV, nunca infligiese ni la menor corrección moral á sus licencias. Frente á frente de las favoritas del rey de Francia y frente á frente de los favoritos del duque de Orleans, el orador excelso hablaba como si no supiese de todos ellos una sola palabra; pues si como flagelaba la herejía hubiera flagelado la sensualidad, ¡cuáles extraordinarios servicios no prestara el grande orador á la moral pública y privada! Pues análogo achaque descúbrese á primera vista en los estoicos, quienes prefieren disertar sobre moral á practicarla. De aquí la costumbre continua en sus discípulos de saltar sobre los abismos con cualquier conjuro y explicar las peores acciones por medio de un retruécano. La educación moral de Séneca no podía destruir la perversa educación estética dada por su madre á Nerón, imbuyéndole como única finalidad humana el goce, y como medio de aumentar el goce las sobrecitaciones dadas al espíritu y al gusto por el arte. Desde que lo dió á luz propúsose Agripina tener en su Nerón una hija humilde, no un hijo avasallador. Como ni las costumbres ni las leyes permitían el dominio directo de las emperatrices, reservóse un dominio indirecto, sólo asequible afeminando y corrompiendo el hijo de sus entrañas, á lo cual nada tan conducente como hacerlo nervioso, histérico, neurótico, desarreglado, enfermo de alma y cuerpo, en guisa de cualquier prostituta. Con las moléculas de su carne caldeadas en brutal epicureísmo y con los aires de su alma henchidos por notas voluptuosísimas, imposible la medida en el pensar, así como la medida en el proceder que pide cargo tan excelso como el cargo de dirigir á los hombres y mandarlos. Agripina quiso que su cachorro sólo supiese alimentarse y reproducirse cual una bestia destinada en sus designios para propia montura. Y luego, como la bestia tenía un alma sensible y racional, necesitábase pervertir esa sensibilidad, su compañera la fantasía, y la soberana de una y otra que se llama razón, pervirtiéndolas todas con alimentos voluptuosos y sensuales encaminados al completo predominio de la triste y grosera sensualidad. Ahí tenéis por cuáles caminos, una complexión moral, sobrepuesta por la educación, llegó á contrariar y á vencer la complexión primera nativa de aquel muchacho. Los historiadores antiguos, poco duchos en materias fisiológicas, no acier-

tan á explicarse cómo hubo dos vidas en el demente Nerón. Pues muy sencillo: en la niñez fué un animal simple contento con su complexión grosera; en la juventud un animal ensalzado por el virus de aspiraciones irrealizables. Si á Nerón le hubieran propuesto un objeto asequible, no hay duda que llegara en el anhelado logro de tal objeto á la felicidad derivada del cumplimiento de los deseos y de la realización de los ideales. Pero como le propusieran un objeto inasequible á su capacidad, tampoco hay duda, tampoco, de que allí surgió su desgracia, la cual pesó en sus pies como cadena perpetua. La consecución de un trono, la conquista de un territorio, el mando de un ejército, algo externo, material, tangible, puede ganarse con fuerzas propias y con suma de fuerzas ajenas á las propias; pero la gloria de artista, sólo aqúistable por el mérito interior, huye á quien sin facultades la sigue para granjeársela con requerimientos y con abrazos. Más fácil por la voluntad llegar á ser un conquistador como César, que llegar á ser un poeta como Virgilio. Aunque nazca en el hombre un temperamento apropiado á sus propensiones y á su finalidad, hay fines más asequibles y otros menos asequibles en la sociedad y en la naturaleza. Para las artes políticas la experiencia sirve de mucho; no sirve para todas las demás artes, necesitadas de la inspiración y expresivas de la hermosura. Podrán el estudio y los años mejorar la técnica de tales artes; no pueden prestar el fuego sacro de las ideas, que se halla en los centros del alma como en las estrellas la luz propia. He aquí la contrariedad interior de Nerón: creerse un artista y encontrarse con que la realidad no se prestaba, ni obedecía en modo alguno, á su creencia. De nacer en clases inferiores hubiérase conformado con su medianía, y la vanidad, ese consuelo interior, hubiérale ocultado su desgracia.

Pero en su alta posición estribaba su irremediable infortunio. ¿Cómo no podía él, colocado tan arriba, tocar con la mano esa plateada y seductora luna de la gloria literaria y artística? El mundo entero de hinojos á sus pies, que lo reconocía por el primero entre sus hombres, ¿por qué no había de reconocerlo también el primero entre sus músicos y entre sus poetas? Si enes destinadas á ceñir corona única, la corona del Imperio, que sólo él podía llevar, ¿cómo no se granjearían coronas artísticas que llevan tantas y tan-

tas, aunque privilegiadas, numerosas y múltiples? Y ahí está la dificultad. Se consigue por miles de accidentes externos la corona del Imperio; se necesita de un mérito interno para conseguir la corona del poeta. El mundo puede obedeceros por fuerza y por violencia; pero admiraros, únicamente puede á su grado y por su gusto.



Nerón, tocador de cítara (estatua del Museo del Vaticano)

Nerón se imaginaba tan fácil imponer admiraciones como imponer obediencias. Pero cuando la realidad solía encabritarse al espoleo de sus imposiciones, creíala rebelde y le infligía un grande cruel castigo para someterla y rendirla por fuerza y por violencia. Siempre que á las facultades humanas les quitáis el freno de sus límites y se descarrían ó se desbocan, van á caer en el mal. Un príncipe romano, próximo al Imperio, borraba en su diccionario la palabra

*imposible*. Creía que al culebreo de una grande aspiración suya debía seguir el inmediato cumplimiento, como sigue al relámpago el trueno. Si reconocían las gentes á todos los de sangre imperial como dioses, ¿por qué no habían de reconocerlos también como poetas? Si les alzaban Olimpos artificiosos, remedos del consagrado á las divinidades clásicas en la liturgia pagana, ¿por qué no habían de levantarles Parnasos? Quien manejaba un cetro con tanta facilidad, mejor podía tañer una cítara. Quien era César, mejor podía ser flautista. Corona de laurel, ejércitos de coros, el solio de la gloria popular como un cielo sobre la cabeza, el pedestal de la inmortalidad bajo los pies, el traje de los músicos al cuerpo ceñido, el carcaj con flechas de oro sobre las espaldas, la sonrisa provocada por el aplauso en los labios, el éxtasis de la propia satisfacción en los ojos, el culto de los que cultivan las artes como ornamentación de la vida, el premio en los certámenes, las bendiciones de cuantos aspiran á la emoción estética: he ahí lo que Nerón deseaba conseguir, no tanto á título de su inspiración nativa, á título de su autoridad soberana. Y como en ésta no admitía competidores, tampoco los admitía en aquélla. Si nadie podía en el planeta dar un rescripto superior á sus rescriptos, nadie podía dar una nota superior á sus notas. Si nadie podía tener su autoridad, nadie podía tener su voz. Como perpetraba delito de lesa majestad quien atentase á su corona imperial, perpetraba delito de lesa majestad quien atentase de algún modo á su corona artística. Si había poetas y músicos, estaban obligados á ser su corte y su cohorte. Consentiría en compartir con ellos su autoridad, como la compartía con los prefectos, pero á condición de que aparecieran, como los prefectos, una clase inferior y subordinada y sometida. Como ningún mortal podía mandar más que Nerón, tampoco podía ningún orador hablar, ningún poeta componer, ningún gimnasta saltar, ningún escritor decir, ningún músico representar mejor que Nerón. Imaginaos la extinción del sol. Pues el sol se asemejaba con César. Si el sol se apagara en el cielo, ya no cantarían los ruseñores; y si Nerón desapareciera en el Imperio, ya no cantarían los poetas. Pues como la vida de todos era suya, también debía ser suya el alma de todos. Y como el alma de todos debía ser suya, también la fuerza, también la idea, también la inspiración, también la poesía, también la

música, también la elocuencia de todos ¿Comprendéis que pueda en el mundo existir con tales ilusiones un hombre más desgraciado? Ya lo veis: era un verdadero neurótico. Estudiad á cuantos han conocido una enfermedad tal, y encontraréis los caracteres propios del proceder y del pensar de Nerón. Su alma sobre todos los pensamientos imaginables mariposeaba incierta y voluble. Ningún trabajo constante y porfiado podía embargar su actividad mucho tiempo. A cualquier ingrato ruidillo sacudía los nervios, como un arbusto doblegado al menor viento. Sus pasiones tomaban todas una increíble sobreexcitación, y todas las sobreexcitaciones caían en una irremediable perversidad. Volvía de pronto á las personas más ajenas á él y las estrechaba contra su corazón; pero á los tres minutos las ofendía, cuando no las mataba. Estaba en todas partes mal y como contra su gusto. Atentaba con frecuencia, no tan sólo á los seres animados, á los objetos inanimados también. Con la misma facilidad rompía un vaso murrino que mataba un hombre lleno de vida. Vestía y desnudábase cien veces al día, cuando lo solicitaba el gusto, sin saber por qué ni para qué. En innumerables ocasiones lanzábase desnudo como una bacante, por los jardines, hasta caer sudoroso y jadeante, cual acosada fiera, en el suelo, donde se revolcaba epiléptico. Ponía á cantar, y si la dulzura de su voz no se correspondía con el imperio de su deseo, lanzaba rugidos estridentes como cualquier fiera. A cada paso le sobrecogían deméntísimos accesos. Cuando se le contraía el rostro, anunciaban cuantos le veían que iba el infeliz á pensar cualquier demencia ó perpetrar cualquier crimen. Las alucinaciones más extraordinarias le fascinaban el sentido por lo mismo que le poseían el alma. Ya creía oír una celeste música, ya una manada de furias. Si recitaba con entusiasmo grande los versos predilectos ó tañía con ímpetu la cítara hermosísima, acababa por experimentar convulsiones, que nosotros llamamos de poseídos ó de pitonisas. Hablaba para sí en voz alta y á solas. Representaba escenas de dramas fingidos al vuelo. Muchas noches no podía dormir; en cambio se pasaba durmiendo á pierna suelta días y más días enteros. Todos los pensamientos y todas las inspiraciones en él adolecían de un carácter erótico. No encontraba en cuantos goces pueden procurar los sentidos ningún género de saciedad al deseo. Continuamente

huía sin saber de quién; acaso de sí mismo. Su cerebro estaba perturbado como de vértigos, y su corazón estremecido como de anchas y profundas heridas. Los espasmos frecuentes le adoloraban desde la respiración hasta las digestiones. Según el viento de sus caprichos y el motor de sus impulsos y la ondulación de sus ideas, unas veces respiraba con suma facilidad y otras veces ahogábase como un asmático. Frecuentemente le palpitaban el corazón y las sienas, cual si dentro de su cuerpo guardara una fragua en ejercicio y muy resonante. Era un enfermo crónico desde la niñez. Así como tenía el sentimiento fácil á toda clase de afectos interiores, tenía la piel sensible á todos los cambios de temperatura exteriores. Su cuerpo estaba sujeto á las sacudidas como el terreno volcánico al terremoto. La multiplicidad incalculable de sus contracciones musculares no tenía comparación posible sino con la multiplicidad de sus deseos y de sus propósitos, tan por todo extremo cambiantes. La contorsión resultaba en él tan habitual y consuetudinaria, que parecía en la vida común un actor ó un gimnasta cualquiera, según se retorció, llegando, bien á estirarse hasta crecer, bien á encogerse hasta disminuir; gigante y enano. En pocos minutos, á las tensiones de sus nervios y al oleaje de sus humores, rebotaba, pues, como los cuerpos elásticos. Y á consecuencia de tales rebatos, nunca le veían los circunstantes alrededor suyo en actitud vulgar; por lo contrario, gustaba de actitudes y posturas estatuarias, como cumple á quien ajusta su vida y ser al plan de una idealidad más ó menos personal y arbitraria. De aquí la danza unas veces, otras el cántico, algo que pusiera el ser y el vivir suyos por encima de la estrecha realidad. Pero este continuo esfuerzo por superar la realidad concluía precipitándolo mucho más bajo que la realidad misma. En el esfuerzo, voluble por los medios, tenaz por los fines empleados para todo impelerlo tras de sí, veíase á su vez arrastrado por fuerzas superiores á las suyas. Él se creía dominador, y un misterio lo dominaba con poder absoluto á él. En muchos casos hablaba de las conjuraciones que tramaban en su corte las furias del Averno, parecidas á las que se desataron en Tracia contra Orfeo y concluyeron despedazándolo y repartiéndose sus pedazos. Mas la furia que verdaderamente le sojuzgaba, era su propia neurosis, la invencible incontrastable nerviosidad suya, sobrepuesta,

como ya hemos dicho, por un trabajo ímprobo de la criminal ambiciosa madre suya sobre su nativa constitución. El sojuzgador de la Tierra estaba por su temperamento y por su naturaleza interior sojuzgado. Se creía un dios y resultaba en la vida corriente un mísero esclavo de sí mismo; sin fuerza física y sin voluntad moral de quebrantar las cadenas sobrepuestas á sus hombros por su propia mano, infeliz, misérrimo siervo destinado á convertir el trono de la Tierra en el barco y en el remo de una infernal galera, donde iba, sin saber cómo ni por qué, á todos los dolores y á todos los tormentos. No había sino mirarlo en cualquier acto de su vida para convencerse del temperamento que le atribuímos, tan funesto á él, infelicísimo como á la tierra por él dominada. Evoquémoslo un momento y veámoslo en el escenario de su inmenso jardín, circuído por sus legiones de farsantes. Aspira con una voluptuosidad infinita los efluvios de las flores, cual pudiera una mujer oriental aspirar el pebetero que tiene delante. Se mueve, á pesar de tal sensualidad, en todas direcciones, con la grande agitación de un pajarillo. Cansado de dar vueltas inútilmente se para y se pone á mirar en torno suyo, cual alimaña feroz en husmeo y atisbamiento de su presa. Viste como el Apolo Masagetas de los griegos. Amplia túnica femenil cae de sus hombros á sus plantas en estatuarios pliegues. Un rico cinturón de oro semejante á inmenso brazaletes le ciñe la cintura. Sandalias apolinas, como las descritas por Homero y Hesiodo, le calzan los pies. Un manto tirio le cae por detrás desde los hombros. En las sienas lleva una corona de adelfa y en las manos una cítara de nácar. Hase propuesto pasar el día tañendo y recitando. Así, el pensamiento suyo vuela de un objeto á otro con la mayor facilidad y de la composición de un argumento á la composición de otro argumento. Si un árbol atrae su atención, cuenta la historia simbólica de semejante árbol. Aunque artista por artificio y no por intuición, bien sabía la fuerza y la virtud propias de los contrastes en las Bellas Artes. Así, comenzaba por describir una región oceánica ó una región arenisca privada de árboles, para luego encarecer lo bello, lo sano, lo útil de su vegetación y de su crecimiento en cualquier parte. Discurriendo así, encontrábase frente á frente con la encina, el primer árbol que ocurrió al sustento del hombre, seca la tierra del dilu-

vio de Deucalión, cuando el trigo no presentaba sus espigas todavía ni la vid sus uvas. Y como el hombre debió á la encina el primer sustento, consagróla como signo de la fuerza y del valor en aquellos tiempos de conflictos y de combates perpetuos. Y desde la encina, cantada en hexámetros helénicos al son de las cuerdas, pasó el voluble, sin que nadie pudiera explicarse la causa, en mariposeo ligerísimo, al abandono de Ariadna. Y presentaba con lágrimas traídas á voluntad y con lloros fingidos á maravilla, como pudiera el más consumado actor, la cuitada errante por la playa de Naxir, contra cuyas arenas van á estrellarse las olas. Medio desnuda, el cabello destrenzado, los pies descalzos, pide al torbellino del oleaje y del huracán alguna nueva de Teseo, su ingrato esposo ausente, sin recibir otra respuesta que los fragores de intensos y espantables bramidos. Sobre su cabeza el cielo inmenso desierto, bajo sus pies desierta la tierra; junto á ella desierto el mar. Así, no debe parecernos mucho que se mesara los cabellos y se golpeará las entrañas. Mas, de pronto, al fragor de las olas y de los vientos, júntase con estrépito el fragor de címbalos y tambores, todos resonantes al toque impetuoso de manos frenéticas. Aquellas sonatas, repetidas y agrandadas por los ecos, extienden por doquier una voluptuosidad semejante á una especie de calor animal sobrepuesto al calor propio del éter del aire. Aparecen primero las bacantes ebrias, tras las bacantes ébrias los sátiros sobreexcitados, tras los sátiros el buen Sileno, medio borracho, teniendo que agarrarse á la crin de su montura, presa del vértigo que le sugieren el mosto y el amor. Tras todos estos grupos aparece Baco, tirado por tigres, en su carroza de oro, ceñido por guirnaldas de pámpanos y entregado al goce de la vida por todas las moléculas de su desnudo y robustísimo cuerpo. A estas promesas Ariadna enmudece, porque hale ofrecido el dios poner su nombre augusto entre las estrellas cretenses que sirven de guías al marino en la noche, y convertir el áureo altar ambulante consagrado y ungido por los fieles en lecho de sus nupcias con ella. Desde tal asunto pasa el neurótico, sin gradaciones que puedan explicar la transición, á otros más eróticos, al recuento de las queridas que tuviera Júpiter en el mundo y de las asechanzas que para cautivarlas emplease, y, de salto en salto, á la sorpresa que sintió la célebre infanta de Scyris cuando compartiera su

lecho con Aquiles, disfrazado de mujer por su madre para hurtarlo á la guerra y á la muerte. Ya lanzado por este camino, enumeraba los medios de seducir y los modos de gozar á las muchachas en enumeraciones á cual más desvergonzada é indecente.

Su cántico, en vez de tomar alas, revolcábase como un cerdo dentro del fangar de todas las porquerías juntas. Hablaba del amor entre los humanos como pudiese hablar del ayuntamiento entre las bestias. Daba lecciones de cultivar los más inmundos vicios como pudiera darlas de cultivar los más hermosos campos, sin reservas y sin velos. Hasta para los viejos había recetas en sus cánticos, que les propinaban astucias y falacias contrarias á los ímpetus y á los desbordes propios de una juventud conquistadora. Y, acabada una de estas indecencias, entrábase por los dominios de la religión ó del arte, y describía con pureza digna de los diálogos platónicos Atenas en cualquier festividad, las laderas del Hible, los mármoles del Pentélico,

los plátanos del Pireo, las orillas del Cefiso, la Minerva de Fidias, la elocuencia de Pericles, las canturias de los templos, las pentelias del oficio litúrgico, una representación del *Prometeo*, salmodiando versos maravillosos del titán Esquilo, una elegía del *Edipo* de Sófocles acompañada por el coro de los ruiñeños en Colonna, los ejercicios casi escultóricos del atleta castamente des-



Joven atleta (estatua del museo de Nápoles)